

La tía

Francesca Gargallo

Mi mejor amiga es lesbiana. Mi mamá odia toda la sexualidad. Apenas intuye que nadie la observa, apaga la televisión a sus nietas, no vaya a ser que alguien se bese en la pantalla. Se ríe estridula. Le ha contado a mi hermana que esas peleas con mi padre que envenenaron nuestra infancia se acabaron el día que dejaron de tener relaciones. Si una se descuida es capaz de suspirar: te hablo por experiencia, no hay nada peor que el sexo entre dos personas que se aman.

Mi mejor amiga es joven, rizada, gorda y sonriente. Mi hija la llama tía. Mi mamá la conoció primero por teléfono. La inspeccionó con sus preguntas. Luego nos fuimos de vacaciones a su casa y mi hija le contó de la novia de su tía. Mi mamá en un principio no dijo nada. El golpe llegó vía las obras completas de Sigmund Freud y su muy particular interpretación. La homosexualidad es una neurosis, dijo durante el desayuno. Ah, ¿sí? Con ella siempre finjo ser muy ignorante.

Volvimos a casa después de haber resistido muy valientemente otros seis asaltos. Mi mejor amiga siguió contestando el teléfono, mi hija se fue de fin de año al pueblo con ella, yo cambié de trabajo. Mi hija y su tía a veces hacen la tarea juntas, otras se van al parque en patines. La novia de su tía a mi hija no le gusta para nada, así como no le gusta mi novio ni la novia de su papá.

A principios de febrero mi madre lanzó una ofensiva final. La presencia de una lesbiana en casa es dañina para la identidad sexual de tu hija, sentenció. En un principio la dejé hablar, a final de cuentas pagaba ella. No obstante, poco a poco logró sacarme de mis casillas y terminé mandándola al demonio con la misma violencia con que lo hacía de joven. Contraatacó. Respondí. Gritamos con tanta fuerza que la vecina vino a preguntar si me pasaba algo. Claro que sí, dije; tengo una madre pendeja. Y le tiré la puerta en la nariz.

En la cena conté la pelea. Me dio una rabia espantosa que mi mejor amiga la encontrara muy graciosa. También mi hija: Ay, mamá. Siempre dice: Ay mamá, con la vocécita más suave que



puede e implica una mezcla de regaño, consolación y ridículo.

Tres días después en su escuela decidieron que para el 14 de febrero, Día de San Valentín, en nombre del amor, las niñas y los niños, debían casarse, con ropa y rituales que investigarían. Cada oveja con su pareja según la costumbre japonesa, comanche, maya, palestina, alemana. Pidieron papel de colores, buscaron en las enciclopedias, salieron al museo de culturas populares. Solo que de repente las niñas más grandes decidieron que ellas no se pasearían del brazo de los niños por la escuela, que asco. Los niños respondieron que: “guácala las niñas”. La directora académica llamó a asamblea general: Entonces, ¿cómo le vamos a hacer?, preguntó. Las niñas grandes propusieron casarse entre ellas. No hay matrimonios entre personas del mismo sexo, repuso la

directora. Mi hija levantó el brazo. Claro que sí, en países como Holanda las mujeres se pueden casar con mujeres y los hombres con hombres. La directora carraspeó. Me lo ha dicho mi tía que tiene una novia. La asamblea entera quedó pendiente de ella. Los profesores y la directora callados y los niños también. Mi hija se volvió a sentar.

El 14 de febrero se casó según el rito cora con su mejor amiga. Su segundo mejor amigo era el chamán y su tercera mejor amiga era el maíz. Las niñas grandes se casaron según pueden hacerlo las lesbianas en un registro civil danés, holandés y sueco. Filmé la fiesta y le envié el video a mi mamá. La tía de mi hija se rió mucho de mí.

Fin

De Verano con lluvia (2003)

LA AUTORA

Francesca Gargallo (Italia, 1956)

Vive en México desde 1980. Feminista, activista, docente y editora, ha desarrollado su trabajo en México y el resto de América Latina desde 1979. Ha publicado libros de relatos, poesía y ensayos, así como varias novelas, entre ellas: *Calla mi amor que vivo* (1990), *Estar en el mundo* (1994), *La decisión del capitán* (1997), *Marcha seca* (1999), *El ruido de la música* (2005) y *Se prepara a la lluvia la tarde* (2014). Ha publicado su obra principalmente en español.



Nubes en El Cielo

Donde Pedro vivía no llegaba el agua por tuberías.

Era un lugar muy alto en la montaña. Tan alto que al pueblo lo llamaban El Cielo.

El nombre era irónico: en El Cielo había mucha pobreza y demasiado frío. Nada de la calidez celestial que creemos hay en ese oasis que llamamos Paraíso.

La neblina envolvía a El Cielo por las tardes, las noches y las primeras horas del día como un abrigo pero, en vez de rechazar al frío, era ella quien lo llevaba.

Pese a las bajas temperaturas, sus habitantes debían levantarse temprano para acarrear agua desde cientos de metros más abajo, donde el líquido formaba un manantial.

Un sábado, habiendo amanecido Pedro con sus padres en la calurosa ciudad entre la montaña y el mar, vio que de los aparatos de aire acondicionado que había en las casas y apartamentos brotaban gotas de agua.

Estas gotas corrían por mangueras y formaban charcos en el suelo. Charcos grandes o pequeños, según el tiempo que los aparatos estuvieran encendidos.

Pero la gente de la ciudad, a la que el agua le llegaba por extensas redes de tuberías, no la valoraba. Preguntando, Pedro averiguó que se trataba de agua pura, como la que fluía de las nubes.

En su casa no se precisaba un aparato de estos sino otro que extrajese el frío estancado bajo la piel como un lagarto dormido. Y, aunque lo hubiesen necesitado, eran tan pobres que no podían comprar uno.

Pensando esto, a Pedro se le ocurrió una idea. Su abuelo había trabajado en una hacienda ganadera y le había enseñado cómo usar una sogá para enlazar novillos y potros.

Él no había ido nunca a una hacienda ganadera y solo había enlazado al perro, al gato, a maderos inmóviles, a sus amigos y al propio abuelo. Recordó que, en algún lugar de la casa, se guardaba una sogá.

Se acordó también de que, por las noches y en las mañanas muy temprano, las nu-

bes pasaban por los costados de su casa y a veces ante la propia puerta.

Al regreso, por la tarde, cuando encontró la sogá, hizo un lazo en un extremo y practicó un rato atrapando a su hermana, al gato, al perro y a su mamá.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano, se colocó su único abrigo y, pese al frío, se apostó en la puerta de la casa.

Tiritaba.

Cuando al fin vio venir hacia él a una nube redonda, suavemente blanca, cargada del agua más pura del mundo, le salió al paso.

Levantó la sogá lentamente y, aprovechando que la nube viajaba desprevenida, la capturó por uno de los muchos salientes que presentaba.

La nube dio un chillido, como el de un pájaro que choca contra una telaraña, pero se quedó quieta.

Luego se dejó conducir por Pedro hasta la parte trasera de la casa.

Desde ese momento, la familia de Pedro no tuvo que bajar por agua al manantial.

Todas las mañanas ordeñaban la nube, como a una vaca, y el agua que ella les proporcionaba bastaba para toda la familia.

Muchos vecinos quisieron tener también su propia nube, pero a partir de que Pedro capturara una, las demás se cuidaron de pasar por las calles de El Cielo.

Una madrugada, a Pedro lo despertó un ruido raro. Un lamento –lo había oído en una grabación– como el que hacían las ballenas.

Pedro se levantó y descubrió que el ruido o lamento provenía de la parte posterior de la casa. Del lugar donde se hallaba la nube.

Hacía muchísimo frío. Se puso su abrigo y salió.

Cuando me contó su historia me dijo que, de inmediato, supo que quien producía el ruido era la nube y que en verdad se trataba de un lamento.



La nube lloraba y, al hacerlo, destilaba agua por un costado.

No supo cómo pero en su mente aparecieron sucesivas frases, igual que los subtítulos de una película, y se enteró de que la nube estaba triste porque había perdido su libertad.

—¡Pero te necesitamos!—exclamó Pedro—. Tú nos das el agua que usamos.

—Cuando estamos libres—dijo ella, no en la cabeza de Pedro sino con su voz líquida—. No te preocupes por el agua que, de ahora en adelante, mien-

tamos prisioneras, lágrimas. Lo que ustedes beben son mis lágrimas.

A Pedro se le hizo un nudo en la garganta y se estremeció, tanto de frío como de vergüenza. Pensó que si él estuviera prisionero también echaría de menos su libertad. —No sabía eso—se excusó.

Sin pensarlo mucho, fue hasta el costado de la nube aprisionado por la sogá y la liberó.

—¡Gracias!—dijo ella, no en la cabeza de Pedro sino con su voz líquida—. No te preocupes por el agua que, de ahora en adelante, mien-

Armando José Sequera

tras estés aquí, nunca te faltará.

Esa es la razón por la que en casa de Pedro y en el pueblo de El Cielo ya nadie baja hasta el manantial a buscar agua. ¡Pero me falta cuento!

He olvidado contar que, desde ese episodio, la nube pasaba todas las mañanas por la casa de Pedro y descargaba el agua que la familia requería.

Al ver esto, los vecinos hablaron con la mamá de Pedro y ella con su hijo y este con la nube para explicarle que la falta de agua no era solo un problema de su familia.

La nube habló con sus parientes y amigos y por eso, si usted alguna vez pasa por el pueblo de El Cielo, tendrá la visión más maravillosa del mundo.

Todos los días, mientras el sol se despereza y junto a cada casa, cientos de personas reciben el agua que voluntariamente les proporcionan las nubes.

Algunas familias han puesto tanques en el techo y otras han hecho pozos subterráneos para que las nubes no tengan que visitarlos a diario, aunque igual casi todas lo hacen.

En El Cielo ya no son pobres porque el que tiene agua y es amigo de las nubes cuenta con las mayores riquezas que existen: la amistad y el amor de la naturaleza.

Fin

De *Nubes en El Cielo* (2015).

EL AUTOR



Armando José Sequera (Caracas, 1953). Escritor y periodista. Autor prolífico cuyo trabajo abarca narrativa, crónica humorística, ensayo y textos de divulgación histórica y científica. Ganador del Premio Casa de las Américas, mención Literatura Infantil y Juvenil, en 1979. En 2015 le fue concedido el Premio Internacional La Belleza en Mil Palabras (CIINOE, Madrid), por su cuento *Nubes en El Cielo*. El humor, la sencillez y un sobrio manejo del lenguaje son elementos característicos de su escritura.

El árbol del orgullo

G. K. Chesterton

Si bajan a la Costa de Berbería, donde se estrecha la última cuña de los bosques entre el desierto y el gran mar sin mareas, oirán una extraña leyenda sobre un santo de los siglos oscuros. Ahí, en el límite crepuscular del continente oscuro, perduran los siglos oscuros. Solo una vez he visitado esa costa; y aunque está enfrente de la tranquila ciudad italiana donde he vivido muchos años, la insensatez y la trasmigración de la leyenda casi no me asombraron, ante la selva en que retumbaban los leones y el oscuro desierto rojo. Dicen que el ermitaño Securis, viviendo entre árboles, llegó a quererlos como a amigos; pues, aunque eran grandes gigantes de muchos brazos, eran los seres más inocentes y mansos; no devoraban como devoran los leones; abrían los brazos a las aves. Rogó que los soltaran de tiempo en tiempo para que anduvieran como las otras criaturas. Los árboles caminaron con las plegarias de Securis, como antes con el canto de Orfeo.

Los hombres del desierto se espantaban viendo a lo lejos el paseo del monje y de su arboleda, como un maestro y sus alumnos. Los árboles tenían esa libertad bajo una estricta disciplina; debían regresar cuando sonara la campana del ermitaño y no imitar de los animales sino el movimiento, no la voracidad ni la destrucción. Pero uno de los árboles oyó una voz que no era la del monje; en la verde penumbra calurosa de una tarde, algo se había posado y le hablaba, algo que tenía la forma de un pájaro y que otra vez, en otra soledad, tuvo la forma de una serpiente. La voz acabó por apagar el susurro de las hojas, y el árbol sintió un vasto deseo de apresar a los pájaros inocentes y de hacerlos pedazos. Al fin, el tentador lo cubrió con los pájaros del orgullo, con la pompa estelar de los pavos reales.

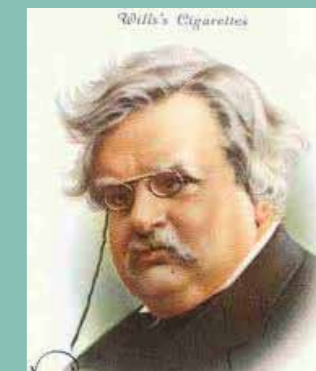
El espíritu de la bestia venció al espíritu del árbol, y este desgarró y consumió a los pájaros azules, y regresó después a la tranquila tribu de los árboles. Pero dicen que cuando vino la primavera todos los árboles dieron hojas, salvo este que dio plumas que eran estrelladas y azules. Y por esa monstruosa asimilación, el pecado se reveló.

Fin

De *El hombre que sabía demasiado* (1922).



EL AUTOR



Gilbert Keith Chesterton (Londres, 1874-1936). Narrador, crítico, ensayista y periodista inglés. Su serie de libros sobre las aventuras detectivescas del Padre Brown (1911-1935) hacen que se le catalogue entre los maestros del relato policial. Otras obras suyas son *El hombre que fue jueves* (1908), *La esfera y la cruz* (1909) y *Ortodoxia* (1908).

La tarde en el café

Carlos Dimeo

No Verónica –el hombre le dijo con desnudo– ya todo eso pasó, ahora es solo el recuerdo de aquellos días lo que me impide descansar totalmente. Tú me dirás y creerás que necesito ayuda, pero yo, al contrario, a diferencia de ti, estoy completamente seguro de que fue solo el implacable recuerdo de un largo tiempo solo. Después de una pausa larga pudo enjugar el ahogo de las lágrimas. Verónica lo miró. Se sintió abandonada, como si sus palabras hubieran ido directamente al tacho de basura, como si a él no le importara todo ese tiempo en el que se habían vestido y desvestido uno junto al otro.

Y entonces se detuvo un poco entrecortada, sin saber aún si seguir adelante o no, evitando el rostro inesperado de él, su soledad. Si te vieras a ti mismo –le replicó–. Y después de una pausa, quizá un poco tensa le volvió a decir. Si te vieras como hablas. . . podrías darte cuenta de que no estás bien. Él tuvo miedo. Ella que se dio cuenta del pánico corrosivo que le rodeaba, y decidió increparlo nuevamente a ver si reaccionaba de una vez por todas y para siempre. Y fue entonces que le dijo ¿Cuál podría ser una afrenta más perdonable, tener miedo a la vida o tenerle miedo a un caballo? Y solo entonces fue que el hombre recordó aquella frase que aparecía en la *Apología de Sócrates*: “En efecto, si me condenáis a muerte, no encontraréis fácilmente, aunque sea un tanto ridículo decirlo, a otro semejante colocado en la ciudad por el dios del mismo modo que, junto a un caballo grande y noble pero un poco lento por su tamaño, y que necesita ser aguijoneado por una especie de tábano...”. Y un segundo después, él pensó, ¿Qué habrá querido decir Verónica con el



caballo?, si la metáfora estaba relacionada con las palabras platónicas, si es que fuere el caso que el hombre no había actuado con la misma rapidez con la que debería y por eso ella tenía que recordárselo cada vez, si es que quería continuar con algo más denso, más profundo, atentándose los cuerpos, sin siquiera haberse tocado. Porque estaba bien que tenerle miedo a la vida, pero la exclusión lógica: o. . . o. . ., o la vida o un caballo. Acaso ella

se imaginaría serlo, acaso le pedía que decidiera entre su vida y la vida con ella. El hombre no entendió el mensaje. Levantó la vista y vio que el sol de la tarde seguía asomándose de manera rencorosa y que, aunado a ello, el frescor del viento también consumía la tranquilidad. Él sabía que durante cinco largos meses había sido pisoteado, destruido, descuartizado, como si en el mejor de los casos hubiera ido a un campo de

EL AUTOR

Carlos Dimeo (La Plata, Argentina, 1967). Es ensayista, director de teatro, actor y profesor universitario, egresado de la Universidad de Carabobo, Valencia, en Lengua y Literatura. Ha publicado teoría de teatro y dramaturgia. Entre otros *Los girasoles no florecen en invierno* (2006), *Teatro Breve* (2012), *Marco Antonio Ettegui: Poéticas Teatrales Pos(t) modernas. (Sacralización y carnavalización / dialogismo y polifonía)* (2013). *Otras Geografías / Otros mapas teatrales: Nuevas perspectivas escénicas latinoamericanas (con Jorge Dubatti)* (2016). Director, editor y fundador del sello editorial La Campana Sumergida. Director y editor de la revista digital *Dramateatro*. Actualmente imparte clases en la Universidad de Bielsko-Biala, en Polonia, y en la Universidad Matej Bel, de Eslovaquia.



guerra, Verónica le terminó de endosar una vez más otro gesto de reproche, y acostumbrada a ensortijar con dilemas filosóficos sus palabras, le agregó al corolario platónico que esa tarde había traído en repertorio, “No llegaréis a tener fácilmente otro semejante atenienses, y si me hacéis caso, me dejaréis vivir.” Y después, un ratito después, y viendo que él no actuaba en nada, le dijo que era un tonto y que debía abandonar. Él pensó que no tenía por qué hacerlo. Ambos permanecieron en silencio, casi sin mirarse o mirando hacia el costado, el sol se sostenía embelesado en la pequeña batalla. Después de un rato giraron sus rostros para encontrarse, no como se encuentra una pareja de enamorados, sino como un hombre y una mujer que recién han hablado sobre algo. Pero no hablaron nada, permanecieron cinco, tal vez seis o más minutos en el impertérrito silencio. Y el silencio entró en medio del espacio de la mesa, ínterin durante el cual bebieron el último sorbo de agua y se marcharon.

Fin